



La isla de las anamorfosis

versión de Néstor Ponce

Yo era él. Cuando el barco naufragó, abatido por la tormenta, el viento y las olas, me encontré proyectado hacia el mar, manoteando desesperado en busca de algún asidero. La noche era una ceguera. El negro absoluto. Intentaba flotar, golpeado por puñetazos de agua, abriendo los brazos, y fue así como me aferré a un trozo de madera.

Todos fuimos jóvenes. Yo era entonces un grumete de 17 años, dotado de una musculatura que la vida marina endureció. En los puertos –Santos, La Habana, El Havre, San Lúcar de Barrameda–, mi cuerpo tostado por el sol y las sales marinas, con duros pectorales, atizaba los deseos de las hembras. Esa noche del naufragio, la juventud me sirvió para resistir y llegar, anonado por la fatiga, a tierra.

Me veía aferrado a la madera como quien se une a un destino, como quien se ve a la distancia y no logra reconocer el propio cuerpo.

Me desperté cuando mi cuerpo chocó contra las piedras y la arena de una playa. Avancé tambaleando y delirante de la felicidad de saber que estaba vivo. Caí en la blancura de la arena. Me volví a dormir.

Me despertó la intensidad salada del sol abrasador. Los dolores musculares me escarbaban el cuerpo y al pasar la lengua por los labios los sentí partidos por el salitre y la sed. Me senté y miré a mi alrededor: cintas de playa desierta, el mar que se perdía en la línea del horizonte y, detrás de mí, palmeras y una maraña compacta de árboles, plantas, arbustos. En el fondo se notaba el verdor de las tierras que se elevaban y trepaban hasta alcanzar una cúspide rocosa.

Me dediqué unos minutos a estudiar la superficie del mar: no quedaban rastros de la tormenta y nada del barco. Sólo el trozo de madera que me salvó la vida reposaba sobre la arena húmeda, cubierto de yodo. “Agua”, pensé. “Tengo que encontrar agua”. Y luego hablé. Repetí las mismas frases varias veces, hasta calmar mi agitación. No sabía que ese monólogo ciego era el comienzo de largas charlas conmigo mismo. El yo



empezaba a transformarse en él. Me hablaba como si me dirigiera a otro, a un ser inasible y que sin embargo se contorsionaba dentro de mi carcasa.

-¿Qué tiene que hacer él hoy?- me preguntaba en voz alta. Él era yo, de manera lenta, pero inexorable.

Resolvió dar una vuelta alrededor de la isla, para determinar su superficie, esperando encontrar una veta de agua dulce, algún resto del naufragio. El recorrido le llevó un tiempo que estimó, siguiendo el curso del sol, en dos horas. Nada encontró en su recorrido, sólo el paisaje incesante de palmeras y vegetación espesa: la plancha de madera –que había arrastrado hasta las plantas- era el único indicio que le permitía diferenciar el lugar al que había llegado de cualquier otro rincón de la isla.

Decidió internarse unos metros, con un palo en la mano, por si aparecía alguna alimaña o animal salvaje. Los consejos de su padre y de su abuelo, marinos curtidos, le trajeron formas de supervivencia en caso de naufragio. Buscar plantas de anchas hojas por la mañana, para beber el agua del rocío, o cocoteros, o charcos de agua, o recipientes vegetales o de piedra que le permitieran recoger el agua de lluvia. Diez metros selva adentro se encontró con una sorpresa, unas palmeras más bajas que las de la costa, pero con unos frutos semejantes a cocos.

El hombre vive de esperanzas ilusas, que le castigan los años y el destino. Los frutos en las palmeras eran concretos, lo llamaban a gritos: trepó al tronco olvidándose del cansancio y de la flojera muscular. Sólo importaba sobrevivir. Llegó hasta los ansiados frutos y los golpeó para voltear una buena cantidad.

Palpitaba su corazón. Aspiró hondó y él, su cuerpo, bajó con lentitud. Las manos nudosas recogieron un coco y lo partieron contra una piedra: contenía un líquido transparente y algo espeso. El dedo palpó el líquido, se empapó. La boca del hombre probó: el sabor era ligeramente azucarado, como la leche de coco. Bebió un corto sorbo, a la espera de un aroma letal. Aguardó unos interminables minutos y luego, con desesperación, ese hombre que había sido yo bebió con frenesí, con furia, tragó esa agua bendita de todos los cocos.



Lo ganó una euforia encaracolada, que le recorrió a sacudones el cuerpo. Temblaba de felicidad. Lloró, como quien nace.

Cuatro meses y cuatro días después seguía encerrado en la esfera circular de la isla, en su continúa geometría. En ese tiempo había construido una cabaña entre los árboles, los arbustos y la maraña. Había recuperado al borde del mar tres cofres que contenían ropas y elementos insospechados como fósforos, un espejo, un peine, una navaja, jabones, una brújula, cubiertos de mesa, copas de cristal, algunas botellas de jerez. Había constatado, también, con reticencia, que era el único ser vivo en la isla. Le faltaban recorrer aún algunas partes del cerro que como un penacho verde y rocoso dominaba ese pedazo de tierra que algún dios indiferente había arrojado al mar.

Fue entonces cuando en una excursión por el cerro descubrió la gruta.

La soledad del náufrago es inconmensurable, no conoce las distancias, se acerca a la locura. Tal vez por eso, el hombre musculoso y de piel de cobre se sorprendía hablando solo, descubriendo las diferentes inflexiones de su voz y sus noches se poblaban de sueños con imágenes contorsionadas de los seres queridos. Día a noche, noche a día. Él. Único y sin medida.

Se despertaba sobresaltado, pensando que los suyos estaban a su lado, diez años antes. Pero no. Solo el silencio absoluto de la isla, resquebrajado cada tanto por el viento que agitaba las plantas. O el crujido de una rama que caía y que le hacía ponerse de pie de un salto y lanza en mano para salir al encuentro de ese animal desconocido que tanta falta le hacía. No para comerlo, no para tajarlo, sino para sentir la vida burbujeando a su lado.

Sin embargo, nada. El hombre buscaba otra vida, la perseguía entre los ruidos, los silencios, la bruma.

Una noche se despertó acongojado. Había bebido con exceso, para acompañar la rutina de la dieta de pescado, cangrejos, raíces, unos tubérculos que asaba entre las brasas. Una niebla turbia le cubría el entendimiento. El hombre se veía desde una distancia



extraña pero al mismo tiempo íntima. Se veía a sí mismo desde el tronco de una palmera, sorprendido, mudo. Era un náufrago en tierra, un ser perdido en la inmensidad del universo.

Decidió completar el reconocimiento de la isla. Rodeó la colina para descubrir el otro lado. Trepó lastimándose las manos. Una voz exterior le susurraba consejos al oído. Llegó a una cornisa, seca como cuero al sol. Fue allí donde descubrió las grutas. Eran agujeros en la piedra, martillazos en la roca.

Las grutas podían ser un abrigo, una garantía de vida esperando la llegada del barco salvador. Podían proteger a ese hombre de brazos correosos, para que cada mañana alumbrara fogatas en la costa, escrutando el horizonte donde en cualquier momento, se decía el náufrago hablando en voz alta, podían dibujarse entre los vapores y el yodo quemado en el aire.

Penetró en la gruta, con una antorcha. Los pies temerosos del hombre temían el ataque de una alimaña desconocida. Ningún espanto es audible ante lo que encontró: alineadas contra la pared, sentadas, las calaveras de veinte seres humanos brillaban en la semi-penumbra. El hombre aulló, cayó de rodillas, se arrancó el cabello y la barba. Quedo postrado. Las calaveras estaban vestidas con ropas que venían del siglo XVI y se prolongaban en el tiempo y la desgracia. Era un grotesco desfile de modas preparado por algún loco para un público inexistente. El mensaje era claro, se escribía en las ondulaciones del fuego sobre las rocas: nadie pudo escapar en vida de esa isla y el hombre, miserable, abandonado, gimió por su destino y su desdicha. Su pobre esqueleto iba a ser acomodado allí por el próximo náufrago, por el desdichado que iba a suceder a su dinastía.

Varios días, varias noches, permaneció en su cabaña. Llorando su muerte inevitable. Algunos hombres lo saben: somos seres de transición. Transitamos un mundo en tránsito. Nos buscamos en pérdidas irreconciliables. Sin embargo, en la isla, no había oportunidades, no había opciones: sobrevivir hasta que llegara el momento de cerrar los ojos para siempre. Una burla a la vida. Una mueca antes del hasta nunca.



Decidió volver a la gruta. Las calaveras lo esperaban allí. Clavó la antorcha en la tierra arenosa y se desnudó. Se vistió con la ropa de un muerto del siglo XVI. Prosiguió por la gruta unos metros hasta que la senda fue encogiéndose. De rodillas avanzó unos minutos por un túnel estrecho que lo condujo a una gran cueva de la que no se distinguía la parte superior. Las paredes estaban recubiertas de piedras cristalinas, cilíndricas, que como en una feria de diversiones multiplicaban al infinito su propia imagen. Por momentos, algunos espejos convexos le devolvían una figura estirada y ondulante; otras veces, las formas cóncavas presagiaban movimientos inesperados y acuciantes.

Se oyó una voz: el hombre no supo si era la suya, o el eco de la de aquél que había sido alguna vez. Cayó de rodillas y, sin dejar de cantar, se rajó las venas. Su esqueleto, pensó antes de expirar, iba a ser acomodado en primer lugar en el desfile macabro, en la multiplicación infinita de los cadáveres. Ya era otro: el que inauguraba esa perpleja dinastía.